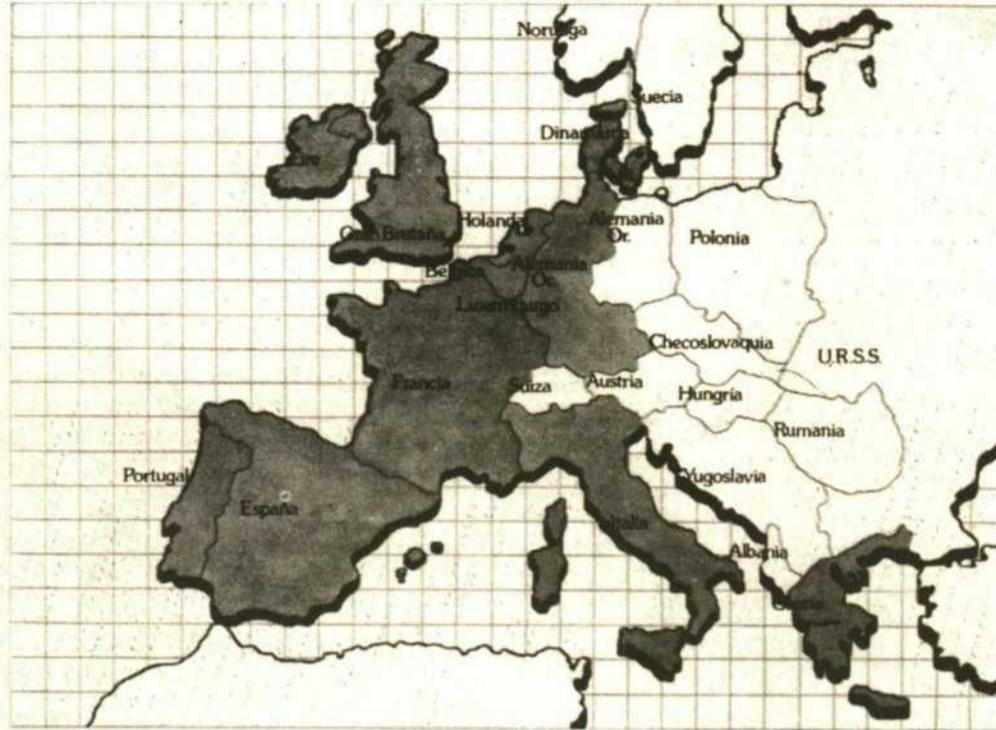


## REPORTAJES

## 1993: año 1 de los EE. UU. de Europa

Los estados de opinión de los ciudadanos europeos, registrados en los eurobarómetros hasta principios de los años pasados nos daban una imagen multicolor del viejo continente en la que sobresalían como decididos antieuropeístas los daneses y los británicos, los irlandeses tenían el color tibio, los griegos errático y los más decididamente unionistas eran los luxemburgueses y alemanes, seguidos de cerca por los italianos, los españoles y los portugueses, mientras que los belgas, los holandeses y los franceses profesaban un europeísmo moderado.



No todos los países de la Europa moderna forman parte del Mercado Común. Algunos del Este (Polonia, Hungría, Alemania Oriental y Rumanía) se hallan integrados en el sistema comunista.

LA idea de los EEUU europeos lleva revoloteando en las cabezas continentales por lo menos desde los tiempos del Conde de Saint-Simon, Claude Henri Bonhomme, ciudadano ejemplar de la república revolucionaria, EEUU de Europa, gran monarquía, Estado único... si no somos exigentes con las formas institucionales, podemos ir a buscar la ocurrencia al eximio Dante. Por cuanto se ve, no hay relación alguna entre la eficacia del ideal europeísta y la cantidad de guerras de los estados que han de realizar tal ideal; y, de haberla, es furiosamente inversa.

La unidad de Europa se ha dado siempre por supuesta en lo cultural, pues es el resultado de la coincidencia civilizatoria de judíos, griegos y cristianos. Esta conciencia de la unidad europea es la que deja a sus ciudadanos en libertad para enzarzarse en guerras crueles, tan prolongadas a veces que se llaman de los cien, de los treinta años. Sólo pensando en la unidad cultural puede calificarse a las dos guerras mundiales de guerras civiles.

Relacionado con lo anterior y explicativo de otras cuestiones, hállese el hecho de que esa unidad oculte una falacia, según la cual, el universalismo cultural es compatible con el patriotismo. La medida en que en verdad estas dos tendencias son incompatibles nos la da otro hecho casi trivial, pero significativo: que no haya un solo libro de historia de Europa aceptable para todos los países del continente.

En 1993 se pretende unificar el mercado. Los empresarios se enorgullecen de estar dando los pasos eficaces para convertir el emblema ñoño de la unidad europea en algo tangible. No malgastemos tiempo y energías;

adoptemos un talante empresarial: la unidad europea, la creación de un mercado de 320 millones de almas, la concentración de empresas, las fusiones bancarias, la diversificación de las líneas productivas son medidas, al parecer, orientadas a que Europa siga siendo Europa al borde del cambio de milenio y en un entorno de intensa competencia de los dos gigantes del comercio y la economía mundiales, los EEUU de América y Japón.

#### Una estrategia de supervivencia

Así, la unión europea es una estrategia de supervivencia, dictada por la necesidad misma y hará falta salirse de los propios cabales para condenarla. Por supuesto, no todo el mundo la considera de igual modo; los yanquis y los japoneses aseguran estar preocupados, pues temen que el mercado único se convierta en un bastión europeo en contra del libre comercio, en cuyos sólidos muros proteccionistas se dejarán las uñas los exportadores de ambos países. Cómo pueda crear la CE que es conveniente el proteccionismo cuando ocupa el primer lugar como potencia comercial mundial es algo tan confuso que ganas dan de maliciarse en las quejas por el bastión de Europa, la afición preventiva de quien sabe que el miedo guarda la viña. Por ejemplo, los norteamericanos dicen temerse lo peor de la aplicación del principio de reciprocidad en el trato a sus entidades bancarias que actúan en países europeos ya que ellos no pueden garantizarlo en los EEUU al ser la regulación de la actividad bancaria competencia de los Estados. En lugar de temerse lo pe-

or, uno piensa que el país haría bien en homologar esa regulación atribuyéndosela a la Federación.

Cuando los empresarios, gente con los pies en la tierra, dicen avanzar hacia la unidad europea, dejando en la cuneta a los políticos, incapaces de organizar su propia actividad, se produce una típica paradoja de la historia. Porque fueron los políticos los primeros en hablar de la unidad europea a través de la fundación de la CE, algo que entonces se consideraba inalcanzable, probablemente por muchos de los que ahora critican a los estadistas su afición a remolonear en torno a la necesidad de hacer algo.

Prepararse para prosperar es una actividad meritoria, que suele despertar muy intensas simpatías. Los estados de opinión de los ciudadanos europeos, registrados en los eurobarómetros hasta principios de los años pasados nos daban una imagen multicolor del viejo continente en la que sobresalían como decididos antieuropeístas los daneses y los británicos, los irlandeses tenían el color tibio, los griegos errático y los más decididamente unionistas eran los luxemburgueses y alemanes, seguidos de cerca por los italianos, los españoles y los portugueses, mientras que los belgas, los holandeses y los franceses profesaban un europeísmo moderado.

A partir del año 1988 comenzó a percibirse cierta inflexión en algunas opiniones. Por ejemplo, los alemanes están cambiando de parecer respecto a la unidad europea y ahora tienden más a los ingeleses. Explicar los cambios de la opinión pública es siempre asunto espinoso pero, en este caso, quizá no sea exageración pensar que en la República Federal empieza a abrirse camino el temor de

que el mercado único, al garantizar la libertad de circulación de bienes, capitales y servicios en todo el continente acabe ocasionando un descenso del nivel de vida de las zonas más acomodadas. Tal cosa puede suceder, pero también habrá que tomar en consideración que el descenso posible del nivel de vida se hará, en todo caso, como consecuencia de una competencia ruinosa de la mano de obra más barata del sur de Europa. No obstante, esta mano de obra no podrá competir con la nativa en punto a cualificación técnica y, en caso de poder hacerlo, ya no será competitiva en punto a su bajo coste.

#### 1993, año del mercado único, puede ser un paraíso o desierto

Y aquél es tan sólo uno de los aspectos difíciles de la aplicación del Acta Unica. Otros, de los que no cabe hablar en las angosturas de un artículo, son la aparente necesidad de una moneda y un banco tan únicos como el acta partera, la incidencia de la regulación de la nueva política agrícola común sobre las políticas nacionales de desarrollo territorial o las relaciones con los demás países europeos no comunitarios. Sin ir más lejos, las reformas en curso en los países socialistas, capaces de alterar su régimen político, están obligando ya a que la Comunidad defina de nuevo las relaciones con ellos.

El mercado único de 1993 es como el descubrimiento de un continente nuevo, que puede ser un paraíso o un desierto.

RAMON COTARELO,  
catedrático de Ciencia Política

#### Modelos para la Europa única

La reciente cumbre de los europarlamentarios socialistas y las declaraciones realizadas hasta ahora por los gobiernos de Francia y de España indican claramente cual va a ser el *leit motiv* de la presidencia franco-española de la CE en 1989: el impulso de la construcción del espacio social europeo. A un socialismo descafeinado y en franco retroceso ideológico en sus respectivos estados nacionales, el proyecto de la Europa única le supone la posibilidad de rellenar su vacío programático. Por ello, desde Mitterrand hasta González, Europa es hoy el elemento definitorio fundamental en los programas electorales del socialismo europeo.

En el futuro inmediato, el combate entre socialistas y neoliberales se va a librar en torno al modelo institucional de la Europa que queremos. En efecto, el Acta Unica que entrará en vigor en 1993 es una conquista de la libertad económica. Supone la supresión de gran parte de las barreras que dificultan el buen funcionamiento de los mercados y por lo tanto implica el acrecentamiento de las fuerzas competitivas de economía de mercado. Ahora bien, los socialistas intentan aplicar en la esfera europea la misma operación que realizaron en el momento de la reconstrucción de los estados nacionales al final de la Segunda Guerra Mundial: intervenir en los mercados en nombre de los derechos de los trabajadores; es decir corregir a través de la política social del estatismo el "injusto" funcionamiento de la economía de mercado. La experiencia de cuatro décadas de aplicar esta estrategia tuvo una consecuencia clara: la euroesclerosis con sus secuelas de paro, inflación y estancamiento económico. Es a esta política concreta servida por los socialdemócratas de distinto pelaje y no a la construcción de Europa a lo que se opone con buen sentido Mrs. Thatcher.

El espacio social europeo supone el intento de establecer a nivel continental el modelo del Estado del Bienestar.

De esta forma, el espacio social europeo no es otra cosa que un Welfare State europeo con una burocracia enorme y un intervencionismo consagrado en el pacto denominado Carta Social entre los socialistas y los sindicatos.

LORENZO BERNALDO  
DE QUIROS